

1

TODO MAL PARA NINA

Querido diario:

¿Qué pasa si te tirás de un auto que va a toda velocidad? No digo que vaya a hacerlo, pero me gustaría saber.

Debe haber alguna forma de hacerlo sin lastimarse. O de lastimarse lo menos posible. Si pudiera buscar un tutorial, un video, algo, pero no tengo mi celular.

Solo tengo el cuaderno donde estoy escribiendo esto: son las ocho de la mañana, el aire está frío y yo voy en el asiento de atrás del auto, escribiendo con una lapicera.

Lo del diario fue idea de la psicóloga. La última vez que me hicieron ir a verla, me dijo, con esa forma aburrida de hablar que siempre me da ganas de bostezar:

—Bla bla bla, Nina. Tener un diario, bla bla bla. Te ayudaría a ordenar tus sentimientos, pensamientos, emociones, bla bla bla y todo eso.

Igual, querido diario, no te enojés, pero no me interesa hablar contigo. Lo que necesito ahora es a mi mejor amiga, así que...

Querida Franca:

No sé si alguna vez te voy a dejar leer esto, pero, por las dudas, te digo que espero que me puedas perdonar. Es mi culpa que no nos vamos a ver por tres meses. Es mi culpa que el año que viene no vamos a empezar juntas el liceo, como habíamos planeado. Si yo no hubiera repetido sexto, no estaría acá, en este auto, yendo a la cárcel.

—No es la cárcel —dicen mis padres siempre, pero vamos: voy a quedarme todo el verano en la casa de la tía Perla, que vive re lejos de la ciudad, en un pueblo en el medio de la nada, sin celular, sin verte a vos, o sea...

La tía Perla es mala. Nadie la quiere. Por eso nunca la visitamos. Es la verdad. Por eso la eligieron a ella, todos lo sabemos. Vivir con la tía es mi castigo.

—No es un castigo —dicen mis padres—. Un cambio de lugar te va a ayudar. En un lindo pueblito donde hay silencio y tranquilidad. Sin la distracción del celular. Siguiendo una rutina. Vas a tener tiempo de pensar y reflexionar, y estar mejor para el año que viene.

Claro, claro, claro. Seguro voy a estar mejor. Seguro esto va a ayudar mucho. Pfff.

Como cuando la maestra nos sentó lejos en la clase, ¿te acordás, Franca? Para que no pudiéramos hablar. Solo nos veíamos en el recreo.

Fue peor. Te extrañaba, y no podía concentrarme.

Me da lástima haber hecho enojar tanto a la maestra. Seguro se cansó de mí. Mi problema siempre fue que no puedo quedarme quieta. O sea, en serio, ¿quién puede estar cuatro horas sentada en una silla mirando para adelante?

Ya sé, la mayoría de los niños pueden, se supone, pero yo no. No sé por qué, pero me aburro. ¿Tan grave es eso?

Y la maestra, igual que la directora y la secretaria de la directora, hasta la cocinera y la limpiadora, todas, todas, siempre dicen lo mismo:

—¡Nina es muy inteligente, pero se distrae mucho y distrae a los demás compañeros!

Sí, sobre todo a vos, amiga. De nuevo, lo siento.



Sé que tus padres se enojaron contigo porque vos también casi repetís. No puedo creer que vas a empezar el liceo sin mí. ¡Qué rabia! GRRRRRRRRRRR.

—¡Nina! —dice mi madre—, ¿qué dijimos de gruñir?

—No sos un perro —dice mi padre—, ¿no?

—Perdóóón, fue sin querer.

Tengo que estar tranquila y hacerme la buenita. Ya salimos de la ciudad. Estamos en la carretera y todo lo que se ve es campo con vacas.

Perfecto: ¡es el momento de poner mi plan en marcha!

2

EL PLAN EN MARCHA

El plan es así: yo voy a llorar. O sea, no un poco. Llorar mal. Llorar como si tuviera una canilla en cada ojo, chorreando mocos por la nariz y baba por la boca, con todo el cuerpo temblando, medio ahogada. O sea, llorar asco.

Y cuando esté llorando, a mi madre no le va a quedar otra que decirle a mi padre que frene. Él va a parar el auto y yo voy a seguir llorando, y entonces voy a decir esto:

—Ya aprendí mi lección. No es necesario que me dejen con la tía.

Otra vez:

—Ya aprendí mi lección. No es necesario que me dejen con la tía.

Y mis padres me van a creer, porque nunca me vieron así. Y vamos a volver a casa. Y todo va a estar bien.

Lo único que necesito es empezar a llorar. A ver, primero que nada, necesito pensar en algo feo.

A ver, algo feo... Algo feo... ¡Ya sé! ¡Ese video que vi de un perrito viejo que lo habían abandonado atado a una columna!... Pobrecito... ¡Pero no! Ciertamente que consiguió un hogar al final y lo adoptó una familia. Pfff.

A ver... Sí, me acuerdo de un derrame de petróleo que hubo en el mar. Estaban rescatando animales y sacaron un pingüino todo sucio de petróleo.

Pobrecito el pingüinito, no se podía ni mover. Estaba todo negro y brillante, parecía como bañado en... chocolate. ¡Uy, la panza me gruñe!

No comí nada en casa. ¡Cómo me comería una barra de chocolate ahora mismo!, o... mmm, unos bombones. Sí, qué ricos unos... ¡No! Me distraje. Se supone que quiero llorar.

¿Cómo hacen las actrices en las películas?

¡Eso! ¡Ya lo tengo! La película de amor más triste: *Lágrimas amargas de invierno gris*. ¡Al final, cuando la chica enamorada llega corriendo a la estación del tren y corre buscando por todas partes al chico!... ¡Y lo ve justo cuando se está subiendo, y le grita, pero no la escucha, porque el tren hace mucho ruido y ella corre atrás del tren, pero él no la ve!

¡Ella cae en las vías y él se va llorando, leyendo la carta que ella le había escrito, y sabés que nunca más se van a ver y lo peor es que termina así!

Pienso en ese momento que siempre me hace llorar... Aprieto los labios y cierro fuerte los ojos, tratando de hacer venir una lágrima, pero nada. ¡Nada! ¿Por qué?

—Nina —dice mi madre—, ¿qué te pasa? ¿Tenés gases?

—Abrí la ventanilla —dice mi padre.

Grrr. Me tapo la cara con las manos y pienso en la película. La chica corriendo. El chico leyendo la carta, triste y llorando, tan lindo. ¿Cuántos años tenía ahí? Fue antes de *Corazones de cementerio*. Ay, qué lindo estaba en esa, aunque hacía de zombi. O sea, ¿cómo puede ser que siga siendo hermoso con la piel verde y un ojo colgando?

¡No! Otra vez me distraje. No hay caso. El auto ya salió de la ciudad. Estamos en una carretera y hay campo de un lado y campo del otro. Vamos a la cárcel y no puedo escapar.

Si por lo menos mi amiga estuviera acá... Si vos estuvieras conmigo, Franca, sé que este viaje sería

tan divertido. Probablemente estaríamos hablando de *Corazones de cementerio* y *Lágrimas amargas de invierno gris*. Discutiendo cuál es mejor. Vos sabés que a mí me gusta *Corazones*, pero esa parte, cuando a él se le cae el ojo y se lo regala a ella, me da asco. No sé cómo a vos te parece linda. Ja ja.

Se me escapa una carcajada y después otra... Me agarra un ataque de risa y, mientras me río, siento un calor subiendo por las mejillas y los ojos. Veo todo borroso y es porque mis ojos se inundaron de lágrimas.

Mirá vos. Ahora sí estoy llorando. No llorando asco, pero sí bastante feo. Pensar en vos y extrañarte me hizo llorar de verdad.

Mis padres me miran y yo me tapo la cara.

No me gustó ver la cara de dolor de mi madre, y la cara de preocupación de mi padre. No me gusta que estén tristes por mí. Por mi culpa. Se suponía que este era mi plan, pero ya no lo quiero. Qué raro, ¿no? Hasta escucho a mi padre preguntando en voz baja:

—¿Qué hago? ¿Paro?

Mi madre me pregunta:

—Nina, ¿estás bien?

Yo hago que sí con la cabeza, de a poco, tratando de respirar normal, y logro tranquilizarme. Pasa el largo silencio incómodo y mi padre dice:

—Qué lindo día va a ser, ¿no?

—Sí —dice mi madre—, la verdad que sí.

Yo les digo:

—Una pregunta. ¿A la tía le puedo decir que nunca la visitamos porque no la queremos, o tengo que mentirle?

—¡Ey! —dice papá—. No digas eso. La visitamos el año pasado.

—No —dice mamá—, fue hace dos años. Pero igual. No es así. La tía Perla es mi hermana mayor y yo la quiero. Todos la queremos, es solo que... a veces la gente se distancia.

Pfff.

3

PFFF

Esto creo que ya te lo había dicho, pero es importante: la tía Perla es mala. Vive sola porque nadie en la familia la quiere.

Digan lo que digan ahora, mis padres siempre hablaban de lo amargada que es. Lo mala onda y aburrida.

Yo debo haberla visto capaz que tres veces en toda mi vida. Apenas me acuerdo cómo es. Sé que es alta como una casa, y flaca. El pelo negro.

¿Sabés lo que más me acuerdo de ella en realidad?

La piedra roja.

Una vez, hace mucho, yo era chiquita y la tía estaba sentada en un sillón. No sé si era en nuestra casa o era una de las pocas veces que la fuimos a visitar. Pero sé que yo me subí a sus rodillas y me senté a upa. Me llamaba la atención ese brillo rojo en su pecho.

Tenía el tamaño y la forma de una frutilla, pero hecha de vidrio. Colgaba de una cadenita plateada que la tía tenía alrededor del cuello. Llegué a tocarla y estaba tibia. En cambio, los dedos flacos de la tía estaban fríos cuando me agarraron la mano.

—No no —dijo la tía—, no se toca.

—¿Se rompe? —creo que le pregunté.

—Claro que no —dijo ella, riéndose un poco con esa risa de bruja mala—. Es un verdadero rubí. No se puede

romper. Lo que no quiero es que lo ensucies con esas manos grasosas llenas de tierra.

Me acuerdo que me quedé mirando mis manos, y es verdad que tenía unos pegotes de mugre. Pero me lo podría haber dicho de otra manera.

Ahora papá dobla a la derecha y dejamos atrás la carretera. Estamos en un camino de tierra y atrás vamos dejando una nube de polvo. Pasamos de largo por un cartel que dice: BIENVENIDOS A PATO BLANCO.

4

BIENVENIDOS
A PATO BLANCO

¿En serio? ¿No tenían otro nombre para el pueblo?

Se supone que se llama así porque el hombre que lo fundó iba a todos lados con un pato abajo del brazo. Dicen que un día el pato se le fue volando y él se puso triste y se fue a vivir al bosque y nunca más volvió.

Lo raro es que el pato ni siquiera era blanco. ¿Por qué Pato Blanco entonces? Nadie sabe. Supongo que ya a nadie le importa.

No parece que quedara mucha gente. Creo que nos cruzamos con cinco personas en la calle, como mucho. De un lado y del otro hay casas. Casas y nada más.

Una tiene un cartel que dice ALMACÉN y otra dice VETERINARIA, pero todas son casas. Se escuchan perros ladrando y el ruido de motos, que parecen moscas zumbando.

—No me acordaba de que era tan lindo —dice mi padre.

Yo miro por la ventanilla. ¿Qué es lo lindo? ¿Esa casa vieja que enfrente tiene como quinientos autos desarmados y oxidados? ¿Esa esquina llena de piedras y basura? ¡Ah, no, ya sé! Debe ser esa *otra* casa vieja que tiene el jardín tapado de caca de gato.

De la nada, una cara se asoma mirando para dentro del auto. Es una chica. De mi edad, o capaz un poco más

grande. Va en bicicleta, pedaleando al lado del auto. Tiene el pelo corto y teñido de azul. Mira directo hacia mí. Por un momento creo que me habla, pero no. En realidad está masticando chicle con la boca demasiado abierta. Además tiene la nariz arrugada y levantada, como si estuviera oliendo algo asqueroso.

¿Qué le pasa? Obviamente ya me cayó mal. El auto la deja atrás, por suerte.

Papá maneja un poco más y entonces... paramos frente a una casa gris. El motor se apaga. No no no, qué horrible. ¿Ya llegamos? No puede ser.

Nos bajamos. Me quedo parada al lado del auto. Mis padres van hacia el portón de la casa gris. Papá tiene un bolso grande con mi ropa. La puerta se abre y aparece la tía Perla: alta, como la recordaba. Con el pelo negro bien negro atado en un moño. Lleva un vestido azul oscuro, largo, y zapatos marrones, bajitos y cerrados.

Cruza el jardín con pasos largos y va a abrir el portón. El sol hace brillar la piedra roja en su pecho: todavía la tiene. No sonrío. Abre el portón y mi madre le da un abrazo incómodo. Es tan alta, que papá se tiene que estirar para darle un beso en el cachete.

Yo, acá en la vereda, miro para un lado y el otro de la calle. No hay nadie.

Mis padres tratan de hacerse los buenos, conversando con mi tía. Obviamente quedaría mal que vengán, dejen el paquete (que soy yo) y se vayan. Por eso dicen pavadas como «¡tanto tiempo, Perla!», «¡estás igual que siempre!», «¡qué lindo está el barrio!» y «¡por suerte nos tocó un día lindo!».

Pero la voz de la tía ni se escucha. Apenas responde con ruidos. Cuando se hace un silencio incómodo, escucho que dice bien clarito:

—Bueno, váyanse nomás, que yo tengo que hacer cosas.

Mis padres vienen hacia mí a despedirse. Ahí es cuando les doy un mensaje para vos:

—Solo les pido una cosa: ¡mándenle un saludo mío a Franca y díganle que la voy a extrañar!

—Claro, claro —dicen mis padres.

—¡Y díganle que me voy a portar bien, así puedo volver y estar con ella como siempre! ¿Me prometen que le van a decir?

—Prometido —dicen mis padres, y me abrazan.

Yo trato de dejar los brazos colgando, como un muñeco, pero de pronto, cuando quiero acordar, los estoy apretando contra mí. No quiero que se vayan. No quiero quedarme acá.

¿Y si no los suelto? ¿Y si los sigo abrazando?

Al final, papá logra soltarse y ayuda a mamá a empujarme los brazos un poco, para que la suelte a ella también.

La tía está en el portón, mirando con su cara de nada. Al lado de sus pies quedó el bolso grande con mis cosas.

Mis padres se suben al auto, y yo, no sé por qué... no me preguntes por qué... pero es como que me doy cuenta de que es todo mentira. Esto. Fue solo para darme un susto. ¿Cómo no me di cuenta? ¡Qué boba fui!

Se me escapa una risa y la tía me mira de reojo, levantando una ceja. Claro, ella también ayudó. ¡La usaron como un cuco, para asustarme! ¡Para enseñarme la

lección! Obviamente que no me van a dejar acá con ella. No tiene sentido. ¡Pero querían que parezca real, claro! Tenían que asegurarse de que yo me lo iba a creer.

Ahora escucho el motor del auto prendiéndose. ¡Ja! Claro, tienen que seguir hasta lo último, disimulando, para que sea más creíble.

El auto arranca y se escucha la bocina, ¡piiiip, piiip! Yo me paro en la calle. Ya sé lo que va a pasar. El auto va a parar en la esquina y van a dar la vuelta y van a volver por mí y van a decir «bueno, ¿aprendiste la lección?» y yo voy a decir «¡sí sí, claro que sí!».

Queda una nube de polvo que me hace toser, pero igual sigo mirando el auto, que se aleja. Está llegando a la esquina. ¡Ja! Bueno, ahora va a frenar y... No frena. Dobla en la esquina y...

—¡Cuidadooo! —alguien grita detrás de mí y yo me muevo justo a tiempo para no ser atropellada. Una bicicleta a toda velocidad pasa rozándome el brazo. El manillar me arañó el codo. La rueda de atrás levanta tierra y piedritas del suelo, que me pegan en la cara.

La bicicleta sigue rapidísimo. El que maneja gira la cabeza para atrás. Pfff. ¡Mirá quién era! La del pelo azul. Sigue masticando chicle y mirándome con cara de asco.

Abro la boca para gritar «¿qué te pasa, loca?», pero solo me sale una tos.

La bicicleta llega a la esquina y dobla. Desaparece. Igual que el auto de papá.

Ya ni se escucha el motor. Se fueron.

Se fueron y me dejaron acá en la cárcel.

Perdón, cierto. Cárcel no. La casa de la tía Perla. Hablando de ella, ahora me dice:

—Entrá, Nina.

Se queda al lado del portón, con los brazos cruzados, mientras yo voy a agarrar el bolso gigante. Trato de colgármelo en el hombro, pero es demasiado pesado. Miro a la tía, como esperando que me ayude, pero lo que hace es darse vuelta. Con esos pasos largos, cruza el jardín hacia la puerta de la casa.

—Cerraré el portón —dice, sin mirarme.

Yo cierro el portón y voy atrás de ella, arrastrando mi bolso por el jardín. Antes de entrar en la casa, miro la calle por última vez.

Te hice una promesa, amiga, y voy a cumplirla: voy a portarme bien.